

G. K. Chesterton y la paradoja

Alejandra Alonso

Introducción

Cada vez que el lector se zambulle en la aventura de abrir su mente para así penetrar el río de palabras que temporariamente constituirá su entorno, no puede evitar —aunque no sepa expresarlo con palabras— una suerte de adaptación que no es otra cosa que el resultado que provoca el estilo del escritor, es decir «la manera característica de expresión en prosa o en verso; como un escritor en particular dice las cosas».

El caso de G. K. Chesterton no es excepción. Dos cosas van a considerarse con respecto a él: que las paradojas constituyen una de las características más llamativas de su estilo, y que a través del estilo un escritor «dice cosas», transmite un concepto. La adaptación al estilo que tiene Chesterton de decir las cosas es bastante crucial. El lector, enfrentado a sus paradojas, encuentra que lo han apartado bruscamente de la vía simple y directa de recibir información, y al mismo tiempo percibe que hay un mensaje que aprehender.

La obra de un escritor es un reflejo de sí mismo. Todo lo que pasa por su mente queda en manos del lector: sus miedos, sus sentimientos, sus opiniones, pero sobre todo su propia percepción de la realidad, incluso su realidad, la época que le tocó vivir.

Sería interesante hallar una razón por la que Chesterton usa tanto las paradojas y de ese modo aprehender el mensaje que envía con ellas, tanto a los lectores de su tiempo como a los de hoy. Se tratarán principalmente tres cuentos, tomados de su libro *Las paradojas de Mr. Pond*: «Los tres jinetes de Apocalipsis», «Cuando los médicos están de acuerdo» y «El crimen del capitán Gahagan». Pero comencemos por analizar la palabra *paradoja*.

La paradoja: definiciones y tipos

El *Webster's Encyclopedic Unabridged*

Dictionary define así la paradoja: «Una afirmación o proposición que en apariencia se contradice, pero que en verdad expresa una realidad posible. Una proposición falsa o contradictoria. Una opinión o afirmación contraria a la opinión del común de las personas».

Originalmente, una paradoja era una mera opinión que contrariaba la opinión general. Hacia el siglo XVI la palabra adquirió el significado que tiene hoy en día: «una afirmación aparentemente contradictoria (incluso absurda) que, al analizarse con mayor detenimiento, demuestra contener una verdad que reconcilia los opuestos en conflicto». (*Penguin Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*).

Deben considerarse dos clases de paradojas. La *particular* o *local* consiste en afirmaciones cortas e ingeniosas que se acercan a lo epigramático, tal como las de Oscar Wilde. La *general* o *estructural* es más compleja, por ejemplo existe una paradoja en el corazón de la Fe cristiana: que el mundo se salvará por el fracaso.

Las obras de G. K. Chesterton constituyen un ejemplo de paradoja estructural. Esto se ve claramente en su libro *Las paradojas de Mr. Pond*, donde cada cuento se basa en una única paradoja, que constituye la estructura del cuento.

Si tuviéramos que hacer una comparación entre las paradojas de Chesterton y las de Oscar Wilde, podríamos decir que las expresiones ingeniosas del segundo pertenecen a la categoría de paradoja local o particular. Oscar Wilde no basa sus obras en paradojas, pero a través de ellas les da un sabor particular. Posee un ingenio agresivo y paradójico, pero trata estas expresiones desde lo superficial, no las utiliza para traspasar límites, como hace Chesterton. Con respecto a su obra *La importancia de llamarse Ernesto*, el mismo Wilde comentó: «Es exquisitamente trivial, una delicada burbuja de fantasía, y tiene su filosofía [...] que

debemos tratar todas las cosas triviales de la vida con seriedad, y todas las cosas serias de la vida con sincera y meticulosa trivialidad». ¹ El trato que da Chesterton a las paradojas difiere en que él presenta una paradoja al comienzo de su cuento y la desarrolla hasta sus últimas implicancias.

Los epigramas de O. Wilde, como los que aparecen en *El abanico de Lady Windemere*, hablan de la sociedad y están puestos en boca de Mr. Darlington, quien dice cosas tales como «Además todo hay que tenerlo en cuenta; si se las echa uno de bueno, el mundo lo toma a uno muy en serio, y si se las echa de malo, creen que uno bromea. Tal es la estupefaciente necesidad del optimismo». ² O bien «La vida es una cosa demasiado importante como para hablar de ella en serio». ³ Si prestamos más atención a estas frases, nos damos cuenta de que si bien son ingeniosas, no son completamente verdaderas, es decir, pueden ser verdaderas en algunas ocasiones, pero O. Wilde básicamente se burla de una sociedad determinada, y su objetivo es hacernos reír o robarnos una sonrisa. El presenta estas citas como algo de aceptación general sin dar explicaciones.

Contrario a esto, Chesterton parece querer que pensemos. Parece querer decirnos «abran los ojos», mientras que el objetivo de Oscar Wilde es contradecir y desafiar la respetabilidad victoriana. Si bien las paradojas de Chesterton pueden hacernos reír, nuestra primera reacción es de desconcierto. Por ejemplo, en «Los tres jinetes de Apocalipsis» encontramos expresiones tales como «todo salió mal porque la disciplina era demasiado buena. Los soldados de Grock le obedecieron demasiado bien; de manera que, sencillamente, no pudo hacer algo que quería». ⁴ A diferencia de las paradojas de Oscar Wilde, no tenemos medio de comprender en su totalidad las de Chesterton a menos que se nos de una explicación, y ésta va surgiendo a medida que se desdobra el relato. Si decimos que las citas de Oscar Wilde tratan

temas como la pomposidad de una sociedad, las mujeres y el matrimonio, podemos ver que las de Chesterton tratan temas mucho más sencillos, esas pequeñas cosas que constituyen la vida, que es algo mucho más complejo que la estructura de una sociedad determinada. En nuestra cita anterior, vimos un ejemplo de disciplina que presenta una paradoja. Una paradoja basada en el acuerdo se encuentra en «Cuando los doctores están de acuerdo», y en «El crimen del capitán Gahagan» tenemos al mismo Chesterton diciéndonos que las paradojas de Mr. Pond no sonaban epigramáticas, sino *extrañas y oscuras*. Este cuento servirá para demostrar cómo se enfoca la atención del que escucha cuando alguien le habla, a tal punto que puede alterar todo el significado si se halla en conversación con alguien que maneja un código totalmente distinto de comunicación. En «Cuando los doctores están de acuerdo» el mismo Chesterton distingue sus paradojas, puestas en boca de Mr. Pond, de aquéllas pertenecientes a escritores tales como Oscar Wilde. A los ojos de Chesterton estos escritores utilizan expresiones ingeniosas con el simple propósito de lograr efecto y llamar la atención. Pero Mr. Pond estaba lejos de querer llamar la atención. «Era el hombre más calmo del mundo para ser hombre de mundo». ⁵ El tema es que no es la intención de Mr. Pond llamar la atención, pero puede ser la de nuestro autor, por medio de este personaje.

Una de sus paradojas más interesantes es la que constituye el marco de «Los tres jinetes de Apocalipsis». Refiriéndose a un hombre que iba a ser ejecutado, la historia sigue: «Luego se envió un aplazamiento para salvarlo; pero como el hombre que llevaba el aplazamiento murió en el camino, el prisionero fue liberado después de todo». ⁶ Comparémosla con una de las más famosas de



1 WILDE, OSCAR, *The Importance of being Ernest and Other Plays*, London, Penguin Books, 1986.

2 —, *El abanico de Lady Windemere*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939, p. 14.

3 *IBID.*, p. 20.

4 CHESTERTON, G. K., «Los tres jinetes del Apocalipsis», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 11.

5 —, «Cuando los doctores están de acuerdo», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Espasa Calpe, 1966, p. 45.

6 —, «Los tres jinetes del Apocalipsis», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 11.



Oscar Wilde: «Puedo resistir todo menos la tentación».⁷

La afirmación de Wilde tiene significado en sí misma. Si puedes resistir todo menos la tentación, no puedes resistir nada, ya que la tentación es la seducción que nos atrae a las cosas. Tiene una estructura clara aunque un significado extraño. La palabra «menos» da lugar a la existencia de una excepción; y lo que imaginamos que es la excepción negaría la totalidad de la proposición.

Ahora bien, si estudiamos la afirmación de Chesterton podemos notar que en primer lugar es totalmente ilógica. La oración no presenta dificultad hasta «salvarlo». El «pero» marca una oposición o contraste que da inicio a la segunda proposición. El tema es que la segunda proposición debería marcar un contraste con la primera, pero en este caso tenemos que «se envió un aplazamiento para salvarlo», y que «fue liberado». Esa es la primera incongruencia. La segunda es el uso del «como». Aquí esta palabra significa «dado que» o «porque». La subordinada que comienza con «como» constituye la razón de la proposición principal. Pero es incoherente decir que porque el salva-

dor murió en el camino cuando iba a salvar al condenado, el condenado fue liberado.

El desconcierto que produce la oración surge de la *manera* en que se ha formulado. Si Mr. Pond hubiera dicho: «Luego se envió un aplazamiento para salvarlo. El hombre que llevaba el aplazamiento murió en el camino, pero el prisionero fue liberado después de todo», no hubiera habido desconcierto sino sólo quizás la curiosidad por saber cómo sucedió tal cosa.

Hay una paradoja en la situación, pero no es tanto lo que Mr. Pond dice sino *cómo* lo dice. Al presentar la paradoja de esta manera, Chesterton muestra que existe mucha información de fondo que habitualmente las personas no ponen en palabras, y también demuestra la lógica que hallamos en todo lo que decimos (aunque los demás no nos entiendan para nada), por el simple hecho de que tenemos pleno conocimiento de tal o cual cosa, hasta tal punto que no nos molestamos en expresarlo en voz alta, lo cual produce malentendidos. Un ejemplo de lo que quiero decir puede verse en «El crimen del capitán Gahagan», donde dice con respecto a las paradojas de Mr. Pond: «Sentía una certidumbre plena y completa y, sin embargo, las únicas palabras para expresarla se grabaron rápidamente en su cerebro *con la asombrosa brevedad de un jeroglífico*».⁸

El uso de este tipo de expresiones se ha convertido, a tal punto, en una característica del estilo del autor que ya se le ha dado un nombre: la paradoja chestertoniana, cuya fórmula era tomar una frase común e invertirla, dejándola dada vuelta.

Reacción ante la paradoja

Es extraño considerar lo que Chesterton opina de la reacción de las personas ante las paradojas tales como: «Naturalmente, como no tenía piernas, ganó fácilmente la prueba de marcha».⁹ O bien «Al encontrarse en la India visitó, naturalmente, Toronto».¹⁰ En su cuento «Cuando los doctores están de acuerdo»,

7 WILDE, OSCAR, *El abanico de Lady Windemere*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939, p. 18.

8 CHESTERTON, G. K., «El crimen del capitán Gahagan», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 43.

9 —, «Cuando los doctores están de acuerdo», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 46.

10 *Ibíd.*

Chesterton explica que sólo los más tontos y los más inteligentes las notaban. Los más tontos porque la única parte de la conversación que podían entender era la que no podían entender; y los más inteligentes porque se daban cuenta de que había alguna historia extraña detrás. En este cuento incluso la definición de paradoja es paradójica: «estos desorbitados paréntesis en tan manso conversador».¹¹ Tenemos dos opuestos que aparecen al mismo nivel y al mismo tiempo, sin ningún tipo de conjunción concesiva o adversativa que facilite su comprensión.

De acuerdo con uno de los críticos de Chesterton, Gerald Bullet, este mecanismo es contradictorio en sí mismo. Pareciera haber un esquema mecánico en el pensamiento de Chesterton que en cierto modo lo limita. Lo paradójico es que su estilo es al mismo tiempo *brillante* y *tedioso*. Bullet explica que el estilo de Chesterton brilla con una luz tan potente que los ojos se enciegan y la mente se fatiga. Consideremos la palabra *brillante* para ver cómo Chesterton defiende la paradoja de sus personajes. En «El crimen del capitán Gahagan», nuestro escritor dice que las paradojas de su personaje no son brillantes en absoluto. La palabra *brillante* ha sido durante tiempo el arma más formidable de la crítica, pero explica que a Mr. Pond no se lo podía atacar con una carga de brillantez. Pero al mismo tiempo la gente consideraba a Mr. Pond «aburrido y desconcertante». Compárese «tedioso y brillante». Chesterton es muy consciente del problema que crea con su estilo.

La lengua en peligro

En nuestros cuentos hay ciertos temas que se relacionan con la vida y las ideas de Chesterton. Primero y principal, él se refiere a Mr. Pond como alguien con un *anticuado* gusto por la literatura, y el crimen del capitán Gahagan fue que no entendía a las mujeres, especialmente a las mujeres *modernas*. Luego pasa a explicar que existe un problema con la lengua: «Las frases modernas no terminan jamás, y nadie espera que terminen».¹² Es decir que

Chesterton hace una referencia directa a la falta de comunicación de los tiempos modernos, a la falta de capacidad de expresarse uno mismo y la falta de voluntad de comprender a los demás.

Con respecto a la palabra *anticuado*, es interesante descubrir que él mismo se confiesa anticuado, dado que le gusta ser sociable y llevarse bien con su pares, que tiene menos predisposición para discutir que para argüir. La argumentación implica razonamiento, un hilo de pensamiento que parece estar desvaneciéndose en los tiempos modernos, y este tema es de importancia para Chesterton tanto por los tiempos que vive como para los venideros.

Tenemos frases tales como «Violet no decía la cola de una frase, como si estuviese demasiado cansada para terminarla».¹³ Este personaje se caracterizaba por hablar en un estilo de «puntos y rayas». En uno de sus ensayos, «El suicidio del pensamiento», Chesterton sostiene que el hombre moderno está en guerra con la razón, que el problema con los sabios es que son tan tontos que no notan nada paradójico en la afirmación de que una puerta no es una puerta. El problema es que el intelecto humano es libre de destruirse a sí mismo. Este problema que plantea nuestro autor va directamente asociado a la religión, al catolicismo particularmente, dado que durante toda su vida los problemas que planteaba la religión ensombrecían todos los demás que ocupaban su mente.

Para Chesterton, política y literatura, y todas las otras actividades del hombre eran de importancia en tanto y en cuanto pudieran ser de utilidad a la causa de la religión. Para él, el hombre debería dudar de sí mismo y no dudar de la Verdad (Razón Divina), pero que hoy en día es totalmente al revés: «Haciéndonos desconfiar sistemáticamente de nuestras fuerzas, la vieja humildad nos impulsaba a trabajar sin descanso. La nueva humildad nos hace desconfiar de nuestros propósitos, con lo que tendemos a no hacer nada».¹⁴ Es decir que existe una



11 CHESTERTON, G. K., «Cuando los doctores están de acuerdo», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 47.

12 —, «El crimen del capitán Gahagan», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 37.

13 *Ibid.*, p. 28.

14 CHESTERTON, G. K., «El suicidio del pensamiento», en *Ortodoxia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946, p. 46.



tendencia actual que detiene el pensamiento. Para el caso de Chesterton, en tanto y en cuanto la religión continúe, la razón continúa.

«El crimen del capitán Gahagan» es un cuento que demuestra el problema de la comunicación por medio de dos mujeres que no escuchan muy bien. Muestra la falta de apertura a una interpretación objetiva de la realidad. Las tres mujeres involucradas habían escuchado la parte del discurso de Gahagan que más se relacionaba con sus intereses. Gahagan había dicho algo a Joan, pero eso no es lo que Joan Varney escuchó: «Oyó que iba a casa de los Feber-sham y enseguida creyó saberlo todo

—o demasiado— al compás, muy natural de «va a ver a esa mujer».¹⁵ Joan interpretó lo que mejor se acomodaba a sus celos. No se esforzó siquiera por imaginar que Gahagan podría haber querido decir algo distinto de lo que ella interpretó. La situación de este cuento se corrobora con su ensayo «La esclavitud de la mente», en el que explica que en esta era de librepensadores la mente humana es *realmente libre para pensar*. Por esclavitud de la mente se refiere a un estado en el que los hombres no conocen la alternativa; las personas insisten en asumir ciertas cosas, en el sentido que ni siquiera se imaginan que existe lo opuesto. Él encuentra esta especie de actitud especialmente difundida en su época, que irónicamente se ufana de poseer cultura popular e ilustración. Chesterton señala la falta de imaginación de nuestro tiempo, y eso es peligroso porque las personas siguen estrechando sus mentes a tal punto que algún día no sólo no podrán comprender las cosas adecuadamente, sino que tampoco podrán expresarlas, no por falta de palabras, que podría ser aceptable, sino por falta de pensamiento. Mr. Pond y el capitán Gahagan compartían un mismo interés por el estilo del siglo XIX porque con respecto a la oración «hay que esperar su terminación,

15 —, «El crimen del capitán Gahagan», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 38.

porque comienza con un lugar común y termina con un concepto digno».¹⁶ Veamos la diferencia entre este estilo y el de «puntos y rayas». Una oración que termina con un punto implica un concepto cerrado, una idea completa, que a su vez implica claridad de pensamiento.

Paradoja y religión

Si ahora pasamos a analizar «Cuando los doctores están de acuerdo» podemos notar que el tema de este cuento está muy relacionado con las ideas que plantea en su ensayo «El suicidio del pensamiento». La paradoja que forma el marco de este cuento es que dos hombres llegaron a estar tan completamente de acuerdo con respecto a un tema que uno de ellos *naturalmente* asesinó al otro. Un doctor, Mr Campbell, y su alumno Angus, no estaban de acuerdo con respecto a un asesinato. El doctor Campbell estaba feliz de que del Dr. Haggis hubiera sido asesinado, porque este hombre hacía mal a la sociedad. Su alumno no coincidía con él porque asesinar estaba en contra de los Diez Mandamientos. A lo que intento llegar es que cuando finalmente el doctor Campbell convenció a Angus de que su creencia en los Diez Mandamientos no era más que sueños, Angus mató al doctor Campbell. Por mucho tiempo la idea de matarlo había dado vueltas en su cabeza, y lo único que lo detenía era su creencia en los Mandamientos. Mr. Haggis (que dicho sea de paso había sido asesinado por el doctor Campbell), había sido bueno para con los individuos pero había sufrido la multitud, y el doctor Campbell había sido bueno para con la gente pero un individuo había sufrido (el doctor Haggis), de modo que a los ojos de Angus el Dr. Campbell era inhumano y consecuentemente lo asesinó.

La relación existente con «El suicidio del pensamiento» es que este caso puede bien tomarse como un ejemplo de lo que Chesterton explica: cuando desaparece la religión, desaparece la razón. Chesterton nota que en su época el hombre afirma la parte de sí mismo que no debería afirmar: él mismo. Es decir, que si seguimos nuestros propios códigos, la sociedad puede estar en peligro. Angus expresó al doctor Campbell: «me parece usted cruel e inhumano,

16 *Ibid.*, p. 37.

tal como Mr. Haggis le parecía cruel e inhumano. Es usted un hombre bueno según su código, pero también lo era Mr. Haggis según el suyo». ¹⁷ Chesterton incluso explica que los pensadores que atacan al cristianismo declaran que todos serán perdonados porque no hay nada que perdonar, lo que significa que podríamos suicidarnos libremente, ya que no tendríamos que pagar por ello. Y agrega que un católico no se suicidará porque no puede asegurarse de que se salvará si lo hace. Chesterton considera a su religión (catolicismo), el motor que hace que las cosas sigan funcionando correctamente. Ni bien el hombre se aparta, se autodestruye, sea en acto o en pensamiento.

Debemos considerar la importancia que Chesterton da a las rarezas de la vida a la hora de ver la religión que escogió. Él no fue católico desde su nacimiento, sino que se convirtió al catolicismo cuando ya era un hombre maduro. El define a la vida no como algo ilógico: sin embargo sí como una trampa para los lógicos. La describe como una manzana lo suficientemente redonda para calificarse como redonda, pero que después de todo *no es redonda*. En su ensayo «Las paradojas del cristianismo», expresa acerca de su religión «el cristianismo no sólo es capaz de inferir las verdades lógicas, sino que, cuando sobreviene el absurdo, sabe acertar —digámoslo así— con las verdades ilógicas. Sus planes se adaptan a las irregularidades secretas y esperan lo inesperado». ¹⁸

Chesterton explica que cada vez que sentimos que hay algo extraño en la religión es porque también hay algo extraño en la verdad. Vio que el cristianismo era atacado por muchas razones contradictorias: pesimismo, optimismo, una pesadilla, el paraíso de los tontos. De estas acusaciones dedujo que el cristianismo debería ser algo más espeluznante de lo que pensó. Algunos lo acusaban de ser muy tímido y de poco valor por la paradoja evangélica de la otra mejilla, y otros porque había bañado el mundo en sangre (Cruzadas vs. Mansedumbre), y había personas que incluso se contradecían a sí mismas: acusaban al cristianismo

¹⁷ CHESTERTON, G. K., «Cuando los doctores están de acuerdo», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 60.

¹⁸ —, «Las paradojas del cristianismo», en *Ortodoxia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946, p. 114.



por sus hábitos humildes y al mismo tiempo por su pompa y ritualismo. De hecho, Chesterton se dio cuenta de que debería existir un equilibrio. Por ejemplo la ferocidad de las Cruzadas y la mansedumbre de los santos podrían equilibrarse mutuamente, ya que las primeras eran muy feroces y los segundos muy mansos.

Chesterton presenta la paradoja del coraje como «combinar un intenso deseo de vivir con un extraordinario desdén a la muerte». ¹⁹ El hombre debe buscar la vida en un espíritu de furiosa indiferencia hacia ella. El cristianismo ha defendido el coraje cristiano, un desdén a la muerte. También nos ofrece la paradoja de la caridad, «perdonar lo imperdonable» y separó al pecado del pecador, mientras que los paganos sostenían que algunos podían perdonar y otros no.

Chesterton defendió la doctrina cristiana porque detectaba las rarezas de la vida. Sostiene que «admitido el dogma primitivo de la guerra entre el principio divino y el diabólico, la revolución y la ruina del mundo, su optimismo y su pesimismo pueden, bajo forma de poesía, dejarse correr libremente a manera de

¹⁹ *Idem.*, p. 129.



cataratas». ²⁰ El cristianismo mantenía el blanco y el negro juntos, pero puros. Odiaba los grises. Es como una gran roca que se tambalea por sus marcadas irregularidades, pero que no se cae porque mantiene un equilibrio.

La Iglesia tenía que ser cuidadosa, de manera que el mundo pudiera ser descuidado.

Volviendo al problema de «Cuando

los doctores están de acuerdo», es mejor aceptar la religión con todas sus paradojas. Chesterton nos instiga a mantenernos alerta. Cuando dejamos de notar las paradojas y acertijos de toda índole, nuestro intelecto se estrecha; y el Cristianismo es la fe que mantiene nuestros ojos abiertos a estas cosas. De acuerdo con él y lo mencionado acerca del perdón, aquellos librepensadores que atacan, por ejemplo, la virtud de la caridad —de la que surge el perdón— porque es paradójica, sólo están restringiendo el pensamiento. Atacan al cristianismo por sus paradojas y no ven que éstas forman parte de su vida. La caridad puede ser muy paradójica, pero así la aceptemos o no en el cristianismo, tarde o temprano nos hallamos «perdonando lo imperdonable».

Paradojas y monstruos

Veamos ahora como Chesterton visualiza las paradojas. En «Los tres jinetes de Apocalipsis», se describe a las paradojas de Mr. Pond como «monstruos en su mente, que apenas por un momento subían a la superficie y se hundían otra vez. Asumían la forma de frases monstruosas en medio de todas sus frases suaves y racionales». ²¹ La paradoja es comparada con un monstruo. Cualquier creatura tan fea que asusta a las personas, o cualquier animal o ser humano con una forma, comportamiento o carácter que se desvía grotescamente

de lo normal (buena definición para aplicar a la paradoja). ²² Por supuesto, Chesterton asume el punto de vista de aquéllos que no detectan las paradojas o que tienen tanto temor de las cosas extrañas (monstruos) que no las dejan asomarse de las profundidades de sus mentes.

En un artículo de la revista *Time*, de agosto de 1991, Howard G. Chua-Eoan trata la palabra *monstruo* y la relaciona etimológicamente con «demostrar» y con *remonstrate*, que vienen del latín *monstrum*, es decir un presagio de la voluntad de los dioses, que también estaba relacionado con *monere*, advertir. De aquí podemos empezar a hallar algún significado y razón de ser de las paradojas de Chesterton.

Si la paradoja ha de ser considerada un monstruo, debe considerarse como una advertencia de los dioses, que se presenta para enseñar una lección.

En un nivel, Chesterton está dando una lección por medio de estos «monstruos». Al desconcertar al lector y así sacarlo de la monotonía del mecanismo del pensamiento, lo hace darse cuenta de que hay algunas cosas profundas que sólo pueden expresarse con precisión, aunque no así con lógica, presentando dos opuestos al mismo tiempo.

En un nivel más profundo, considerando la importancia que da Chesterton al catolicismo y cuán paradójica es esta religión, podríamos encontrar una razón por la que él las llame «monstruos».

Si volvemos al origen de la palabra monstruo, como algo que advierte y da una lección, recordemos que en la Santa Biblia tenemos un ejemplo de un monstruo que es utilizado para dar una lección de vida. Me refiero al libro de Jonás, en el que luego de que Jonás había pecado, el Señor envió un gran pez, un monstruo, para que se lo tragara y sólo cuando Jonás se hubo arrepentido y hubo aprendido la lección, el pez lo escupió y lo liberó.

Ahora bien, ¿qué lección pueden dar las paradojas en relación a la religión? La respuesta es que si uno de los pecados más graves del hombre es aquel de la soberbia, la superioridad que siente por sobre todas las otras creaturas y que lo hace amo del mundo; el orgullo que

²⁰ *Ibid.*, p.133.

²¹ CHESTERTON, G. K., «Los tres jinetes del Apocalipsis», en *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966, p. 15.

²² *Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary*

siente por haber logrado lo logrado; este pecado es castigado por el simple hecho de que sus actitudes, sus sentimientos, sus actos están teñidos de paradojas, a tal punto que aprende una lección: que existe «Algo» (con mayúsculas) cuya Superioridad no puede rastrearse con la razón humana, porque la razón lógica del hombre no es suficiente, y no puede ponerse en palabras sino por medio de una paradoja. Incluso este Algo Superior es paradójico, habiendo sido «Creador del universo» y «frágil bebé en un pesebre», hijo de una madre humana.

Esta situación del hombre, enfrentado con paradojas, me recuerda la gran obra de Melville *Moby Dick*. El monstruo es la ballena. Los cazadores de ballenas buscan una verdad suprema que se les escapa en las profundidades de los mares más remotos —la imagen que Chesterton ofrece de las paradojas de Mr. Pond también se relaciona con algo que se hunde y resurge de las profundidades— y estos cazadores descubren esa verdad intolerable para los mortales: «que todo pensamiento profundo y honrado no es sino el intrépido esfuerzo del alma para mantener libre la independencia de su mar, mientras que los vientos más feroces del cielo y la tierra conspiran para arrojarla contra la costa traidora y servil».²³

A fin de cuentas, ¿las paradojas no son monstruos de la lengua?

Conclusión

De los tres cuentos considerados hemos visto una diversidad de temas que preocuparon a Chesterton durante toda su vida: la decadencia del pensamiento, el consecuente problema con la lengua, la cuestión de la religión y sobre todo la existencia de paradojas que son la causa por la que eligió el catolicismo y la causa de sus preocupaciones por el pensamiento y la lengua.

Chesterton tiene plena conciencia de estas sutilezas en la vida, del hecho de que dos cosas opuestas *coexisten*, que los grises que creemos ver no son el resultado de la mezcla sino del *entretrejado* de blanco y negro. Hace uso de ellas

para recordarnos que en la vida y principalmente en la religión no todo es lógico, para hacernos ver a los lectores que si buscamos la lógica en todo, es decir una explicación lógica a primera vista de cualquier cosa que suene extraña, sólo estrechamos nuestro pensamiento y perdemos mucho de la vida.

Si una paradoja es considerada una revolución, una guerra contra

la razón, vale la pena tener en cuenta que Chesterton vivió una de las mayores paradojas de la humanidad, la Primera Guerra Mundial, y que él mismo define la guerra como un asunto sucio, egoísta y sin gloria, pero para él esa no es la peor de las calamidades, hay una peor: el estado de esclavitud. Él no estuvo a favor de la guerra pero sí estuvo en contra de los pacifistas que pregonaban la paz cuando paz significaba esclavitud. Es curioso ver cómo se fusionan todas sus ideas: la guerra se prefiere a la esclavitud que sobreviene por no pelear; y la aceptación de la paradoja, por desconcertante que sea, se prefiere a la esclavitud de la mente.



Bibliografía

- CHESTERTON, G. K., «El suicidio del pensamiento», en *Ortodoxia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.
- —, «Las paradojas del cristianismo», en *Ortodoxia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966.
- —, *Las paradojas de Mr. Pond*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966.
- —, «The Slavery of the mind», en *The Thing*, London, Sheed & Ward, 1946.
- HOLLIS, CHRISTOPHER, *G. K. Chesterton*, London, Longmans Green & Co., 1954.
- WILDE, OSCAR, *The Importance of being Ernest and Other Plays*, London, Penguin Books, 1986.

²³ MELVILLE, H., *Moby Dick o la ballena blanca*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1970, p. 194.